

## CAPITULO SEPTIMO.

---

El pronunciamiento de S. Luis.—El directorio conservador.—Calvo, Alfaro y Othon.—Conducta de los gefes.—Plan de los pronunciados.—Medidas del gobierno.—Levantanse nuevas tropas.—Actitud de los Estados del centro.—Conflictos de la situacion.—La Legacion de España.—Ruptura de relaciones.—Sale Lafragua para España.—Error del gobierno en la cuestion española.—Violencias de los pronunciados de San Luis.—Préstamo forzoso.—Ocupacion de la conducta.—Marcha Parrodi contra ellos.—Abandonan la ciudad.—Accion de Tunas Blancas.—El Cerro de la Magdalena.—Operaciones de Parrodi.—Asedio del cerro.—Desesperada situacion de los rebeldes.—Su completa derrota.—Osollo herido y prisionero.—Clemencia con los vencidos.—Palabras de Osollo.—Indulto.—Sumision de Tampico.—Cambio completo de la situacion.—Blancarte en Zapopan.—Sublevacion de los indios de Chapala.—Nueva esperanza de los descontentos.—Prision de Blancarte y sumision de los indios.—Espíritu de tolerancia.—El convento de San Francisco.—Solicitud y decreto para restablecerle.—Reconciliacion de los partidos.—Resultados que habria producido.—Por qué no se realizó.—Espíritu de la prensa en esta cuestion.—Popularidad de Comonfort.—Hechos que la acrecentaron.—El Presidente y el Cura de Zacapoastla.—Tentativa desgraciada de Gutierrez.—Comonfort triunfante de sus enemigos.—Un enemigo nuevo.

HABIANSE reunido en San Luis y en sus inmediaciones, despues de la primera capitulacion de Puebla, muchos oficiales de los que en ella habian sido comprendidos, con-

denados despues á servir como soldados rasos en el ejército, y perdonados al fin por el Presidente. Estos habian hecho en San Luis varias tentativas de conspiracion, que las autoridades habian logrado sofocar, y sirvieron de base á las miras del Directorio conservador para promover allí un gran movimiento, cuando vieron que el de Orihuela fracasaba, porque no pudieron ó no quisieron ayudarle en la empresa en que le habian comprometido.

El Directorio pensó que seria fácil seducir á las fuerzas que mandaban Rosas Landa y Echeagaray, hallándose tan distantes del gobierno y no muy abundantes de recursos; y con este obgeto mandó á San Luis al coronel D. Manuel Maria Calvo, provisto de cuantiosos fondos para ganar aquellos cuerpos con el aliciente de mejores pagas y de mas seguras recompensas. Calvo, que era uno de los capitulados de Marzo, y que despues del perdon habia vivido pacíficamente en la capital, desempeñó bien su comision, ayudado eficazmente en ella por D. José Maria Alfaro, capitulado tambien, y por D. Juan Othon, vecino de San Luis, que siempre se habia distinguido en otras épocas por la exaltacion de sus opiniones democráticas.

Aunque estos individuos no se atrevieron á tentar la fidelidad de los gefes de la division, y mucho menos la de los dos principales, tuvieron habilidad para preparar bien el golpe, seduciendo á los oficiales subalternos y á los soldados; de tal suerte que en la madrugada del 10 de Diciembre todos los cuarteles y cuerpos de la guarnicion eran

suyos, y tenian preso al general en gefe, sin que á este ni á los demás que fueron sorprendidos por el movimiento, les fuera dable hacer nada para restablecer la disciplina en sus tropas.

Portaronse en aquella ocasion con notable pundonor y energía los generales Echeagaray, Negrete, Nuñez y el coronel Ruelas: este último especialmente dió tales muestras de resolucion y arrojo, que á él se debió en gran parte la libertad del general en gefe, y las ventajas que sacaron en tan apurado lance los que permanecieron fieles al gobierno. Reunieronse estos en la misma mañana á las órdenes de Echeagaray, y con ellos tomó este el camino de Guanajuato, marchando sin detenerse hasta la Villa de San Felipe, á donde llegó el 12. El dia siguiente se le incorporó en aquel punto el general Rosas Landa que habia sido puesto en libertad, despues de haber rechazado resueltamente las ofertas del caudillo del movimiento, que le habia brindado con el mando de las tropas si tomaba partido con los rebeldes.

Estos proclamaron el plan de Castrejon; y la circunstancia de haberlo hecho cuando todavia los de Puebla estaban derramando su sangre por el suyo, hizo presumir á muchos que los directores de la reaccion veian sin piedad el sacrificio de Orihuela y de sus compañeros. La circunstancia de que estos no hubieran sido auxiliados en el espacio de cuarenta dias, habia dado ya lugar á la sospecha de que el Directorio conservador tenia algun interes en

dejarlos abandonados á su suerte; y esta sospecha se confirmó en cierto modo, cuando se le vió dictar para el movimiento de San Luis un plan diferente de aquel que tenia ya en su favor la sangre que por él habian vertido sus defensores, y los rasgos de heróica constancia con que le sostenian. El misterio no pudo aclararse, aunque se dijo entonces que la popularidad adquirida por el malaventurado caudillo de la revolucion de Puebla y por su segundo, habian inspirado recelos y desconfianzas á los hombres que daban la ley en los consejos reaccionarios.

En cuanto el gobierno tuvo noticia de la sublevacion de San Luis, dispuso que se formára un respetable cuerpo de tropas para marchar contra los rebeldes, y dió el mando en gefe al general Parrodi, gobernador y comandante general de Jalisco. En este Estado y en los de Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes y Querétaro, se levantó gente para la expedicion; y sirviendo de base los restos de la division pronunciada, que se habia salido de San Luis con los gefes de ella, en poco tiempo se organizó una de mas de cinco mil hombres, armada y equipada de todo lo necesario para llenar su obgeto.

La reaccion habia dado uno de sus golpes mas felices con el pronunciamiento de San Luis, y los enemigos del gobierno recobraron con él todas las esperanzas que habian perdido con el malogro del de Puebla. Dueños de una gran poblacion, capital de uno de los Estados mas importantes de la República, podian desde allí amenazar

á otras ciudades populosas del interior y procurar el levantamiento de los pueblos comarcanos, sin que el gobierno pudiera oportunamente impedirlo, por la distancia á que se encontraba, por la escasez de sus recursos, y por tener embarazada su atencion con dificultades de todo género que en aquellos mismos dias se le suscitaron. Vióse en efecto el gobierno de Comonfort en una de las situaciones mas críticas en que se habia encontrado nunca: sus recursos estaban agotados por la reciente guerra de Puebla; sus fatigadas tropas, ocupadas en la persecucion de guerrillas que de nuevo se habian levantado; la situacion del Sur exigía cuidados preferentes para limpiar aquella comarca de los facciosos y malhechores que la infestaban; Tampico seguía rebelado, y las fuerzas de Tamaulipas no podian consagrarse á otro servicio que á restablecer el órden en aquel puerto; se anunciaban invasiones piráticas contra Sonora y Baja California; asomaban gravísimos conflictos exteriores; y todos los negocios públicos presentaban en fin un aspecto de negrura, tan apropósito para desanimar á los amigos del gobierno, como para infundir confianza á sus adversarios.

Aunque la mayor parte de estos inconvenientes duraron todavía largo tiempo, pronto se vió que las mejores esperanzas de la reaccion habian fracasado. Léjos de pronunciarse los pueblos por el plan proclamado en San Luis, los rebeldes de aquella ciudad se quedaron aislados en ella, y vieron que los mismos Estados con cuya cooperacion contaban, se apresuraron á levantar tropas para la

espedicion que mandaba Parrodi, procurándose ellos mismos la mayor parte de los recursos que habian menester, y que de otro modo habria sido harto difícil proporcionarles por las penurias del erario.

Ya el gobierno habia recibido estas muestras de adhesion, y con ellas la seguridad de vencer á los nuevos rebeldes, cuando ocurrió el incidente mas lamentable de la cuestion española.

Con motivo de los asesinatos de San Vicente, el Encargado de negocios de España D. Pedro Sorela habia pasado varias notas reclamando la persecucion y castigo de los criminales, y el gobierno le habia contestado en los términos debidos, manifestándole que aquel era uno de sus principales cuidados, y comunicándole las medidas que dictaba para obsequiar aquellos deseos. No satisfecho el representante español con lo que el gobierno hacia, ni con lo que manifestaba, creyó que debia dar al negocio un giro diferente; y en su nota de 10 de Enero, despues de quejarse de falta de actividad, y de discurrir sobre los motivos que tenia para no considerar aquellos asesinatos como crímenes del órden comun, concluyó fijando el plazo de ocho dias para que los criminales fueran aprehendidos, juzgados y castigados, y agregó que si en la tarde del dia 18 no se le habia dado esta satisfaccion, en la mañana del 19 declararíá rötas las relaciones, pediríá sus pasaportes, y abandonaría la República.

Pocos dias antes habia pasado del ministerio de justicia al de relaciones D. Ezequiel Montes; y este dió á la comunicacion de Sorela una respuesta digna de la gravedad del caso, manifestando en ella, que el gobierno no habia podido evitar el crimen, y que hacia todo lo posible por castigarle; que habia sido una transgresion de las leyes de Méjico, no una ofensa á España; que no se podian violentar los trámites señalados por las leyes para la administracion de justicia; y que era por lo mismo imposible la satisfaccion que exigía el Encargado de negocios. Insistió este en su propósito, sin que Montes pudiera disuadirle de él con las razones de su nota, ni con las que le espuso en dos conferencias que tuvieron: dijo pues en su nota del 19 por la mañana, que habiéndose cumplido el plazo señalado en su anterior, sin que se le hubiera dado la satisfaccion pedida, declaraba rotas las relaciones, pedía sus pasaportes, y abandonaba la República, dejando encomendada la proteccion de los españoles al ministro plenipotenciario de Francia.

En la réplica de Montes á esta comunicacion, se revelaba todo el empeño del gobierno por evitar aquel paso; y al remitir los pasaportes á Sorela, dijo que no habia motivo para aquella ruptura; declaró que por su parte no consideraba rotas las relaciones con España, y protestó que pesarian únicamente sobre el Encargado de negocios las consecuencias de tan grave resolucion tomada sin instrucciones de su gobierno.

El de Méjico apresuró con este motivo el viage de Lafragua, que desde antes habia sido nombrado ministro plenipotenciario en la corte española. Lafragua llegó á Europa casi al mismo tiempo que Sorela, mas no pudo arreglar satisfactoriamente una cuestion, que además de estar complicada con tantos incidentes desgraciados, siguió envenenándose cada dia mas por los enemigos interiores del gobierno de Comonfort, que supieron hábilmente convertirla en una poderosa arma de partido. Los embajadores de Inglaterra y de Francia en Madrid tomaron grande empeño por que esta cuestion se arreglara en términos pacíficos, pero nada consiguieron: los gobiernos de aquellas dos naciones ofrecieron por último oficialmente mediar en el asunto para ponerle un término amistoso; pero la esperanza que se fundó en este paso, se desvaneció tambien, porque habiendo aceptado lisa y llanamente el gobierno de España la mediacion ofrecida, el de Méjico no la aceptó sino con ciertas condiciones, que suscitaron nuevas dificultades. Quizá fué este un error del gobierno mejicano, hijo de un estremado celo por la dignidad nacional: por muy clara que le pareciera su justicia, podria haber considerado que igualmente clara le parecia al gobierno español la suya, como sucede siempre entre dos que disputan sobre un mismo objeto; y una vez que España habia aceptado absolutamente la mediacion de dos grandes potencias amigas, no habia razon para que Méjico pusiera condiciones. Esto hizo que el gobierno de Comonfort terminára su existencia sin dejar arreglada la cuestion española.

Entretanto, habian ocurrido hechos de mucha gravedad en San Luis. Los pronunciados habian apelado á las mas violentas medidas para proporcionarse recursos. Pocos dias despues del pronunciamiento, habian impuesto un préstamo forzoso de mas de ciento veinte mil pesos á los habitantes de la ciudad y del Estado, y habian podido realizar la mayor parte de aquella suma, no sin grave estorsion de propietarios y comerciantes. Pero no bastando esto para cubrir las necesidades que tenian, se apoderaron el dia 1º de Enero de doscientos cuarenta mil pesos, que varios particulares tenian depositados en el consulado inglés de aquella ciudad para enviarlos á Tampico cuando lo permitieran las circunstancias. Las de aquel hecho, que por sí mismo era ya un atentado, dieron lugar á reclamaciones que aumentaron sobremanera los conflictos del gobierno, porque los rebeldes allanaron el consulado con fuerza armada, y arrebataron con violencia aquellos fondos, sin hacer caso del pabellon inglés que los protegía

Este hecho esplica la situacion que guardaba el gobierno en aquella época. Sus enemigos no solo le atacaban, sino que envolviendole en dificultades estrangeras y multiplicando sus conflictos con las mismas faltas que cometian en su daño, le debilitaban para resistir á sus ataques. Así es que el dinero de la conducta aprovechó á los rebeldes de San Luis, sin que lo impidiera el mal modo con que lo adquirieron; para ellos fué el fruto del atentado; para el gobierno el desconcepto, la responsabilidad y la indem-

nizacion. Por eso entonces dijeron algunos con el cinismo de que solamente son capaces las facciones, que lo de San Luis habia sido un golpe maestro de sabiduría, porque aquel dinero no solo servia para fomentar la revolucion, sino tambien para desacreditar al gobierno con las naciones extranjeras, para aumentar sus disgustos con el inglés, y para empobrecerle mas de lo que estaba, porque al fin tendria que pagarlo.

El general Parrodi, despues de haber permanecido algunos dias en Lagos organizando sus fuerzas, marchó derecho á San Luis con ánimo de atacar á los rebeldes en la misma ciudad; pero estos no tuvieron por conveniente aguardarle en ella, y la abandonaron el dia 10 al aproximarse el general del gobierno. Tomaron por los caminos mas escabrosos, sin que se supiera cual era su intencion, aunque pudo presumirse que harian alguna tentativa sobre Querétaro ó Guanajuato; pero observados de cerca todos sus movimientos, y tenazmente perseguidos en todas direcciones, no consiguieron apoderarse de ninguna poblacion de importancia.

Antes de su salida de San Luis, se les habia reunido Osollo, y se les habia incorporado tambien D. Tomas Mejía con la partida que acaudillaba en la Sierra. Eran unos cuatro mil hombres de todas armas, bien provistos de municiones de boca y guerra, y los mandaba en gefe D. Francisco Sanchez, á quien se habia conferido el mando para cortar disputas entre los otros caudillos.

Despues de muchas marchas y contramarchas, en que perdieron bastante gente, que los abandonaba por fatiga ó por desconfianza del éxito, llegaron á la hacienda de Tunas Blancas, donde resolvieron hacerse firmes, por parecerles buen punto militar el cerro del mismo nombre situado á la boca de la Sierra. Esto hizo sin embargo, que sufrieran el primer descalabro en aquella campaña que tan fatal habia de serles. El 26 de Enero el general Echeagaray les tomó el cerro, despues de un reñido combate en que se distinguieron por su arrojo los generales Negrette y Langberg; y Mejía que ocupaba el punto con unos cuatrocientos hombres, tuvo que huir de allí en completa dispersion hácia las montañas. Este desastre hizo que los rebeldes consagraran toda su atencion á fortificarse en el cerro de la Magdalena, punto inespugnable cerca de allí, donde permanecieron hasta el dia de su final derrota.

Al instante conoció el general Parrodi que los rebeldes habian cometido un grande error concentrandose en aquel punto, y previó que este error les habia de hacer sucumbir al cabo, sin que la victoria costara mucha sangre. Con este propósito redujo sus operaciones á cerrarles todos los caminos y cortarles todas las retiradas posibles; y despues que los tuvo allí cercados como en una plaza, sin agua ni bastimentos, aguardó tranquilo el éxito de la campaña.

Los primeros resultados de esta estrategia fueron fatales para los rebeldes. Para proveerse de agua tenian que

descender del cerro hasta ochocientos y mil hombres, é irla á buscar á los estanques de las haciendas vecinas, espuestos á los fuegos de las tropas de Parrodi, y costándoles cada una de estas salidas una verdadera derrota, por la mucha gente que perdian en los encuentros y que se les desbandaba. Pero aun este recurso se les acabó, porque el general del gobierno les inutilizó las aguas, colocandolos en la alternativa de abandonar su posicion, ó de perecer allí de sed y de hambre.

Esta terrible situacion no podia durar mucho tiempo, y sin embargo los pronunciados la sufrieron con admirable constancia durante algunos dias, hasta que al fin, hostigados por ella, abandonaron el cerro en la noche del 6 de Febrero, y tomaron silenciosamente el camino de Querétaro con toda su fuerza, artillería y trenes. Advertido el movimiento por Parrodi, hizo que se movieran todos los cuerpos de su division sobre los fugitivos, y al rayar el alba del dia 7, se empeñó una batalla que duró casi todo el dia, y en la cual los rebeldes fueron completamente derrotados en cuatro combates sucesivos. Los que no murieron en la batalla ó cayeron prisioneros, se dispersaron en distintas direcciones: toda su artillería, carros y trenes cayeron en poder del vencedor con ocho de sus gefes: los demás caudillos huyeron á esconderse en las escabrosidades de la Sierra con un puñado de hombres, y con el dinero que habian tomado en San Luis. El triunfo en fin fué tan completo, que no le quedó á la reaccion ni si-

quiera una guerrilla, de tanta gente armada como habia logrado reunir en la Magdalena.

Entre los prisioneros estaba D. Luis Osollo. Herido en el brazo derecho por una bala de cañon, al tiempo que procuraba animar á los suyos en lo mas vivo de la pelea, se retiró del campo cuando ya las huestes rebeldes se habian desbandado, y tomó el camino de la hacienda de Ajuchitlan; pero al llegar allí, sintiendose desfallecer por la pérdida de la sangre que brotaba de su herida, y conociendo que no podia pasar adelante, se presentó al coronel D. Eugenio Paredes que se hallaba en aquel punto, joven valiente y simpático como él, que le trató con todas las consideraciones debidas al valor y á la desgracia.

El gobierno fué como siempre modesto en la victoria; y aunque era de tanta importancia la que acabada de obtener, no solo no la celebró con demostraciones de júbilo, sino que deploró amargamente la sangre que habia costado. Mostróse además tan humano y generoso con los vencidos, que su conducta parecerá increíble á los que no la presenciaron, si reflexionan por otra parte, que habia llegado entonces á su mas alto grado de ferocidad el odio de los que le atacaban. He aquí lo que decia el ministro de la guerra con fecha 9 de Febrero, contestando al parte del general Parrodi sobre la jornada del dia 7:

“Muy persuadido el Exmo. Sr. Presidente de los sentimientos humanos de V. E. no duda que habrá dictado las mas eficaces providencias para que los heridos tanto